

polvo, olía a orines, la cúpula jerárquica nunca le dio su lugar –describe.

AMOR Y ODIO

Es domingo 1 de marzo. La liturgia empieza con los cantos de la misa campesina, inspirada en la Teología de la Liberación y universalizada por el cantautor nicaragüense Carlos Mejía Godoy.

También se entonan otras canciones católicas:

“Por aquellos que esclavizaron negros... por aquellos que exterminaron indios... y por los misioneros que callaron, ¡Cristo, ten piedad!”, cantan dos mujeres, guitarra en mano, mientras hace coro un grupo de campesinos y turistas sentados en sillas blancas de plástico.

–Soy católica por él, no creo en los dogmas de la Iglesia –enfatiza Ruth Rivas, una abogada de 51 años y voz principal del dúo encargado de las canciones.

–Nunca podría cantar allá arriba, yo canto aquí abajo porque monseñor siempre estaba con los de abajo –remata.

Cuando dice “allá arriba”, Rivas se refiere a la parte principal de la catedral, donde las misas son oficiadas por el arzobispo de San Salvador, José Luis Escobar Alas, y la plana mayor de la Diócesis.

En las misas del sótano no hay sacerdote asignado.

–Nosotros tenemos que andar invitando, ver qué sacerdote quiere venir, siempre quienes vienen son sacerdotes progresistas –explica Teresa Alfaro.

–A nosotros nos interesa saber qué es el Evangelio y cómo lo predicaba monseñor. Allá arriba la predicción es bastante superficial. Hay un poco de acomodamiento y no son como Romero, que no le tuvo miedo a la muerte –añade el zapatero.

La diferencia entre las dos misas es abismal: arriba se prohíben los teléfonos celulares encendidos, la ropa “inadecuada” y la venta de objetos.

Abajo no hay prohibiciones. Se venden libros sobre los religiosos asesinados entre 1977 y 1990. Los campesinos llegan con botas, sombreros o chanclas.

La historia de las dos misas es bastante peculiar, según el obispo auxiliar de San Salvador, Gregorio Rosa Chávez, muy cercano a Romero.

–Nació en un contexto polémico cuando había un arzobispo (Fernando Sáenz Lacalle, quien ostentaba el rango honorario de general del Ejército) que nunca hablaba de monseñor Romero. Entonces, para que su memoria no se perdiera, se hace la misa de la cripta, que es oficiada por sacerdotes progresistas, los más rebeldes por decir así... es una misa en otro tono, donde está presente siempre la problemática del



–Desde que el Papa Francisco habló, cambió la perspectiva de mucha gente –afirma el obispo auxiliar– hay un artículo bellísimo que se llama *Perdón, monseñor, perdón*, de un hombre de Arena (Alianza Republicana Nacionalista, el partido de la derecha), miembro del Opus Dei, en el que reconoce cómo mucha gente lo juzgó y cómo mucha gente no lo conoció. Eso refleja la evolución que se está dando.

El Papa argentino declaró mártir a Romero el pasado 3 de febrero y dijo que fue asesinado por odio a la fe.

–Ya en Roma se está hablando de quién sería el cardenal que vendrá a representar al Papa. Queda después pendiente la canonización, por ser mártir no necesitamos que se comprueben milagros de monseñor Romero para que sea beatificado ni para que sea canonizado –explica Rosa Chávez.

Sin embargo, monseñor todavía genera rechazo. A inicios de marzo, la estatua del religioso, ubicada en la Plaza Las Américas de El Salvador, apareció mutilada. La mano derecha de la estatua, que sostenía una cruz, fue arrancada.

Para otros es un santo que hace milagros.

Margarita Herrera conoció a Romero cuando ella trabajó como locutora en la YSAX. Venía de una familia de clase media alta y trabajaba con los jesuitas. Después del crimen de Romero se asiló en México, pero en una ocasión, cuando sus hijas de 15 y 17 años vacacionaban en El Salvador, cayeron en manos de los escuadrones de la muerte.

Aunque Herrera no es religiosa, asegura que quien libró a sus hijas de la muerte fue Romero.

–Te juro por Dios que yo sentí la presencia de Monseñor y le dije: “te suplico que me las regreses vivas”. Quien me sostuvo fue monseñor y a los tres días, por pura influencia gringa y de mi familia, los escuadrones reconocieron que estaban vivas, en muy malas condiciones, pero vivas. Ahora, cada que las veo a ellas, recuerdo a monseñor –expresa llorando.



En vísperas de la beatificación de Monseñor Romero, se recordó al párroco a 35 años de su asesinato.

momento –explica Gregorio Rosa.

Treinta y cinco años después de su asesinato, cuando está a punto de ser beatificado (la ceremonia está prevista para el 23 de mayo próximo), Óscar Arnulfo Romero divide a los salvadoreños. Menos que antes, pero todavía los divide.

En el Centro Histórico Óscar Arnulfo Romero, que monjas carmelitas mantienen en el sitio donde fue asesinado el arzobispo, un sacristán de una iglesia del occidente del país cuenta que, en su parroquia, todos los Domingos de Ramos sacan a la procesión una imagen de Cristo crucificado junto a otra imagen, la de Romero, labrada en madera.

–Y se siente la división de la feligresía –añade el sacristán– por lo menos la mitad de la iglesia cree que no deberíamos tener la imagen de monseñor.

–Yo he escuchado cuando dicen: ¿qué

tienen haciendo a ese ahí? Sobre todo la gente de derecha; los pobres están encantados con la imagen– agrega.

Romero genera odio y amor.

Pero el obispo auxiliar de San Salvador, Gregorio Rosa Chávez, cree que, hoy, Romero está uniendo al pueblo.

–Cuando uno está oyendo confesiones, escucha a gente que llega a pedir perdón a Dios porque lo acusó injustamente, lo calumnió, porque creyeron la mentira que se decía de él. Hay gente que llega a pedir perdón a su tumba y al sitio donde murió –afirma.

Lo menos que el régimen militar dijo de Romero fue que era comunista y que los jesuitas lo manipulaban.

Valencia recuerda que, en aquellos tiempos, tener una foto de Romero en la sala de la casa convertía al dueño en objetivo de los escuadrones de la muerte.

BAÑO DE SANGRE

Antes de que un francotirador le disparase en el corazón mientras oficiaba una misa, monseñor Óscar Arnulfo Romero viajó hasta el municipio de Santa Tecla para confesarse con el sacerdote jesuita Segundo Azcúe.

El lunes 24 de marzo de 1980, un carro Volkswagen rojo llegó a las 18:30 horas hasta la pequeña capilla del hospital La Divina Providencia de San Salvador –donde aún se atienden enfermos de